

# Ramón Gaya, vocación y destino del artista

## Ramón Gaya, the Calling and Destiny of the Artist

Rafael V. ORDEN JIMÉNEZ

Universidad Complutense de Madrid  
rorden@filos.ucm.es

Recibido: 23 de noviembre de 2010

Aceptado: 24 de noviembre de 2010

El fin del hombre es la dicha, y es dichoso quien reconoce como vocación su destino. El destino son aquellas circunstancias: biológicas, geográficas, familiares, económicas, socio-políticas, etc. que definen el marco dentro de cuyos márgenes uno ha de desplegar la vida; la vocación es, en cambio, aquello que uno reconoce como su proyecto de vida y a cuyo cumplimiento se siente llamado para ser dichoso. Desdichado es entonces quien no reconoce su destino, pues, en tal caso, no identificará la vocación que le conviene y tendrá una vida irreal; y es desdichado también quien, identificando su destino, se niega a aceptarlo como vocación, en cuyo caso tendrá una vida ficticia. La vida sólo es vivida efectivamente cuando se persigue la dicha, y ésta surge, como hemos señalado, de adoptar como vocación el propio destino. Esto es lo que Ramón Gaya, en su escrito «El extremoso deber del artista», identifica como «el deber» y a cuyo cumplimiento está llamado todo hombre. El destino es el deber; y la vocación la identificará Gaya con un término directamente vinculado con ese mismo de destino, con la vocación dada al destino: «compromiso»

Es ésta una concepción de la vida de raigambre estoica que en el siglo XIX adquirió una forma peculiar en la idea del genio artístico; entre quienes plantean en esa época la ética estoica está Arthur Schopenhauer. Éste concluía el primer capítulo de su obra *El mundo como voluntad y representación*, aquél dedicado al trato racional de las sensaciones, con una propuesta de ética estoica como ética propiamente racional; el deber moral del hombre racional, científico, estriba en conocer y seguir el destino, y es entonces la sabiduría científica, aquella que se obtiene por una rigurosa aplicación del principio de razón suficiente, la que señala el deber de cada uno. La vida del hombre racional tiene, no obstante, una objeción, asume el destino sin vocación. En cambio, en el tercer capítulo de esa misma obra,

Schopenhauer plantea la idea de genio artístico, aquel que no se rige por el principio de razón suficiente y que, por tanto, adopta decisiones extrañas a la racionalidad común, de ahí que suele ser identificado socialmente como un loco. El artista, a diferencia del científico, asume su vocación, pero desconoce el destino.

Estas ideas de la ética estoica y del genio artístico, contrapuestas en el caso de la filosofía de Schopenhauer, las recoge Nietzsche y aúna en su filosofía de la voluntad de poder: genio es aquel que tiene como vocación su destino, y es el artista quien puede aspirar a la mayor dicha. Es lo que queda plasmado en un lema de raigambre estoica, muy apreciado por Nietzsche, *amor fati*, y que éste ilustraba acudiendo al poeta clásico Píndaro en el aforismo 270 de *La gaya ciencia*: «¿Qué dice tu conciencia moral?», se pregunta, es decir, cuál es la vocación o compromiso: «“Debes llegar a ser el que eres”», responde siguiendo al poeta, esto es, hay que asumir el destino.

La idea del deber y, en concreto, del compromiso moral del artista que Ramón Gaya desarrolla en el escrito citado, «El extremoso deber del artista», se inserta en esta tradición filosófica y, en concreto, atiende en su caso a la influencia que recibe de Nietzsche. Inserto en las *Cartas a un Andrés [otros escritos]*, Gaya meditaba sobre la función del artista en un año para él vitalmente tan crítico como el 1940, recién exiliado en Méjico, y lo dedicaba al compositor mejicano Salvador Moreno, sólo seis años más joven que él pero de quien lo distanciaba la intensidad de las experiencias que Gaya había ya vivido.

El texto tiene por lema unas líneas de una carta dirigida por Nietzsche a su amigo, el barón von Gersdorff: «Creo, además, que no venimos a la vida a ser felices, sino a cumplir con nuestro deber, y podemos considerarnos dichosos si logramos hallar cuál es ese deber». Gaya comienza su reflexión sobre la vida dando la razón a Nietzsche: «En efecto», señala, «venimos tan sólo a cumplir con nuestro deber». A lo largo del texto, Gaya insiste en esta idea de que no venimos a la vida a ser felices sino a cumplir con nuestro destino. Para él, vivir es un acto que sólo adquiere su plenitud, su verdad, cuando hay un compromiso con el propio deber; sin compromiso no hay vida verdaderamente humana: «Porque si no vivimos nuestros deberes no viviremos nada, o por lo menos nada verdadero», «nada», señala, «salvo el deber, nos pertenece de veras», pues «no venimos a la vida para aprovecharnos de ella, sino a entregarle cuanto somos». Esta unión entre deber y compromiso viene a plasmarla Gaya con otro texto de Nietzsche: «Trabajo en la construcción del puente que ha de unir el deseo interior», lo que nosotros hemos denominado «vocación» y Gaya viene a considerar que es el «compromiso», «con el deber exterior», lo que nosotros hemos estimado que es el destino y para Gaya resulta, al fin y al cabo, el deber.

Como hemos señalado, él reniega de que el fin del hombre esté en una felicidad hedonista y que identifica como una falsa felicidad, que son, justamente, las que

prometen bien el político o bien la amante; el fin del hombre está, más bien, en el contento con uno mismo, en la dicha moral como resultado del cumplimiento del deber. «Lo más terrible», señala, no es «perder esa felicidad a la que por lo visto nadie tiene derecho, sino perder nuestro deber, es decir, perder nuestra vida y, sin embargo, seguir viviendo». No es de extrañar que en ese mismo texto nos ofrezca como plenamente virtuoso el acto de un estoico: el suicidio de Séneca.

Gaya, como haría también Schopenhauer, desprecia el suicidio encaminado a eludir el destino, es decir, el suicida que no ha asumido su destino como vocación, su deber como compromiso; quien se quita la vida para evitar el destino no sabe «descubrir en sí mismo sus deberes, o mejor, su deber total». Éste, señala Gaya, vive angustiado, y se suicida cobardemente para eludir esa angustia. En cambio, quien se suicida, como Séneca, para cumplir con su deber, ese es un valiente que aspira a alcanzar la perfección, la perfección de sí mismo, de su deber: «Sólo tendrán nuestro respeto», señala, «quienes acaban, cierran, *terminan plenamente de vivir*, y nuestro desdén aquellos *que lo cortan*, haciendo así con su muerte una estafa a los demás, al mundo todo».

Y, una vez desarrollada la idea de lo que es la vida, Gaya señala entonces al artista como aquél en quien se da una plena coincidencia entre el destino y la vocación: «El artista, que a tantas y tantas desventajas está condenado, tiene una gran ventaja, por lo menos, sobre la mayoría de los demás mortales, y es que su deber exterior no es nunca más que su deseo interior, o sea, coincide lo que debe con lo que quiere». Por ello, el artista experimenta de una manera más intensa lo humano, pues es él quien con mayor fuerza siente el compromiso con su propio deber, esto es, su vocación como destino, de ahí que califique de «extremoso» el deber al que ha de enfrentarse y asumir el artista: no es que el artista, señala, «sea superior al hombre, sino tan sólo que es como más extenso, como más llevado al colmo del hombre mismo, y de ahí que suela tenérselo por más loco que a los demás». Esto explica que, siguiendo la idea de Schopenhauer que mantiene Nietzsche, describa al artista como un loco, puesto que es una persona dispuesta a un sacrificio mayor que otros por el cumplimiento de su deber.

El hombre corriente puede aspirar, por otro lado, a la felicidad, pero no puede, si no adquiere el compromiso con su destino, ser dichoso; en cambio, el artista puede muy bien no ser feliz, incluso tener un vida dolorosa, pero es dichoso; la felicidad es un estado animal, corporal, la dicha, en cambio, es humana, moral: el artista, por ser tal, «no puede, por lo tanto, sentirse enteramente desgraciado, o vacío, aun cuando le agobien graves y terribles sufrimientos [...], sino que siempre lo envolverá un consuelo, un deber consolador, un deber que no lo ata, un deber que lo libera». El artista sacrifica todo a su deber; «¿Todo?», pregunta Gaya, «hasta sus propios sufrimientos, hasta su más desgarradora pena de hombre?», «Sí, hasta eso», responde. El artista es alguien al «que ni siquiera le está permitido sufrir sus sufri-

sufrimientos». Así lo señala también: «Hallar cuál es el deber que se nos asignó, y cumplirlo o esforzarse en cumplirlo, ésa puede ser nuestra felicidad, o dicho de otro modo, nuestra tranquilidad. Claro que un artista puede recibir en su vida golpes que lo hagan zozobrar en la vida; nada podrá salvarle entonces si no es, acaso, su deber. Ese deber que, por lo visto, es mayor que la vida misma».

Ahora bien, Gaya, a diferencia de Schopenhauer y Nietzsche, no concebía la relación del destino con la vocación de modo individual sino social o, como diríamos, políticamente, es decir, el destino está asociado con la vida del pueblo al que uno pertenece y, por ello, la vocación no es propia sino común, de ahí que fuese más adecuado el término que él utilizó, el de «compromiso», pues el compromiso de uno consigo mismo a la par que con los otros, que el que nosotros hemos preferido emplear, «vocación», que hace referencia, habitualmente, a uno sólo. Esto es un rasgo del estoicismo español habitual en todos aquéllos que durante el siglo XIX y primer tercio del XX trabajaron por la reforma del país. Gaya escribía ese escrito que hemos comentado con y desde una intensa y desgarradora experiencia personal, aquella del exilio y la interrupción de todo por lo que había trabajado en los años anteriores. Gaya perteneció a esa tradición española del krausoinstitucionismo, que supo identificar el destino individual dentro del destino nacional, y él asumió el suyo como compromiso. Gaya veía ahora frustrado su deber y compromiso en el momento en que eso escribía. Si Séneca interrumpía su vida con el suicidio como lealtad última con su propio deber, Gaya sentía su exilio como lealtad última y resultado mismo de su compromiso con su deber; la muerte para uno, el exilio para el otro, resultaron de sus respectivas búsquedas de la propia perfección como hombres, de sus extremos respectivos deberes.